

bida en Roma con grandes funciones religiosas, como si tal desaguisado mereciera los honores de una santa y legítima victoria.

Da escalofrios leer las angustias sufridas por los corazones mas puros é inocentes en estos tiempos de terror social. Una pobre mujer se lanzaba de rodillas á los piés de la escolta, que conducia su esposo y su hijo á la horca. La infeliz demandaba solo un plazo para probar la inocencia de los suyos; y como no la oyeran, se precipitó en el suicidio. Al llegar los dos infelices, despues de tan horroroso espectáculo, disputáronse la primacía en aquella ejecucion; el padre por no ver la muerte del hijo y el hijo por no ver la muerte del padre. La despiadada muchedumbre, que suele asistir á tales actos, á pesar de lo encallecida é indiferente, pedia con grandes vociferaciones misericordia, pero no la tuvieron ni el verdugo ni el Papa. Justo perseguir el crimen, pero injusto perseguirle por medio del crimen mismo; justo exterminar la maldad, pero injusto exterminarla de suerte que resulte al fin y al cabo, el juez tan criminal como sus víctimas. Pudo desde aquel entonces recorrer el mas rico los estados del Papa sin miedo á salteos ni á secuestros; pero en cambio de haber engrandecido como una virtud la traicion, y haber puesto en la categoría de las grandes victorias el infame asesinato.

La política exterior de Sixto V, á pesar de sus ensueños ambiciosos, tiende á la concordia entre los príncipes católicos y al apaciguamiento universal. Todas las quejas expresadas por los Estados civiles, y nunca oidas en tiempo de Paulo IV y Pio V, respecto á las excesivas intrusiones de las autoridades pontificias en las facultades y atributos de las autoridades civiles, fueron escuchadas, y en gran parte satisfechas por el fuerte y testarudo Sixto. Devolvió Rota, detentada por sus antecesores, á los milaneses; satisfizo á los venecianos en el célebre litigio de Aquilea; obtuvo del Rey Felipe II que ordenara obedecerle á él en sus Estados como á sí mismo, cosa que por extremo le halagaba, pues sus Estados en comparacion de los Estados españoles, decia él, eran como una mosca en comparacion de un elefante; reunió las dos familias rivales de los Colonnas y los Orsinos por medio de mutuos enlaces, y les dió los mismos honores de presencia en su orgullosa corte. A favor de la paz pudo extender los derechos de los municipios y arreglar sus respectivas haciendas. Campesino, pastor, nunca olvidó los beneficios debi-

dos por su clase á la próspera agricultura, y ordenó el planteo de moreras, y fomentó la cria de ganados. Llevó siempre un libro de memorias, en el cual apuntaba todos cuantos proyectos oia y todos cuantos propósitos abrigaba respecto á la industria. Encontróse tan exhausto el tesoro pontificio, que al recibir la última liquidacion del Pontificado de Gregorio XIII y saldar sus cuentas, viendo que se habia comido parte de las rentas reservables á sus naturales sucesores, hizo decir por su alma un gran número de misas, creyendo que tales despilfarros le habian conducido de seguro al fuego del purgatorio. Pero su actividad fué tanta que, á los tres años de pontificar, habia reunido y atesorado cuatro millones de áureos escudos, enorme suma, y puéstoles en fuerte caja, y dentro de la primer fortaleza romana, bajo la proteccion de María Santísima. Es de admirar tanta riqueza y ahorro tanto, cuando los rendimientos del tesoro pontificio, en su tiempo, daban tan solo para el Papa, la suma, relativamente modesta, de trescientos mil escudos anuales. Y aunque vivia en la mayor estrechez, como si el trono fuera un cenobio y la vida del Papa vida de franciscano, disminuyendo dignidades cortesanas inútiles y baldías, licenciando tropas, y reduciendo su mesa de tal suerte, que le costaba seis paolos diarios, tan solo pudo economizar la mitad escasa de su renta, por los muchos gastos anejos á la suma autoridad apostólica.

Así, aumentó los impuestos y agravó las cargas; emprestó, sin curarse del pago; vendió, como ningun otro Papa, los beneficios eclesiásticos; puso el precio de cincuenta mil escudos al cargo de tesorero de la Cámara apostólica, vendido hasta su tiempo en quince mil; estatuyó empleos nuevos para sacarlos á pública subasta; organizó una especie de honoraria caballería para vender sus plazas en público mercado; aumentó las corbeas; impuso sobre los mismos salarios de los barqueros del Tíber y sobre la botella del pobre; pidió dinero hasta por consentir el mas humilde comercio; asignó ferias á los pueblos que no las tenian para cargarlas de gabelas; elevó el derecho de aduanas; y siguiendo los consejos de un judío español llamado Lopez, á quien como un oráculo consultaba, pudo atesorar en su gran caja eclesiástica gruesa suma, que le permitia grande independencia personal y que le ganaba la consideracion y los respetos de todo el mundo.

Así es uno de los Papas que mas han contribuido á la magnitud y gloria



monumental de Roma. Cuando se pasea el viajero en aquellas colinas y ve los jardines colgados por sus hermosas pendientes, no puede olvidarse de que la clara y abundante agua que los riega llegó hasta ellos, merced á los acueductos, dignos de los antiguos tiempos, fabricados por Sixto, cuyos arcos la recogian al pié del Apenino y la derramaban sobre las alturas y eminencias, donde se asientan los grandes monumentos de la Ciudad Eterna. ¡Oh! No podeis oír correr en aquellos escultóricos pilones el agua feliz, al pié de la estatua de Moisés; no podeis entrar en la piscina del emperador Diocleciano, trocada en una iglesia de tal magnitud, que sus líneas se parecen á las líneas de los horizontes en alta mar; no podeis descubrir la rotonda sublime de San Pedro en la inmensidad del Agro romano y la estatua de San Pablo que campea sobre la trajana columna esculpida y esmaltada de magníficos relieves; no podeis contemplar los diez y siete obeliscos erigidos entre las Basílicas cristianas y las ruinas del roto Paganismo, sin que sobre todas estas grandezas surja como una sombra ciclópea, el Papa, que supo concebirlas y rematarlas, añadiendo nuevos prestigios y nuevas moles á la colosal capitalidad del Catolicismo. Verdad que no respetó como debia los antiguos escombros; verdad que condujo maravillosas columnas arrancadas de antiguos monumentos al orgulloso Vaticano; verdad que derribó respetables edificios de la edad pagana y aun de la Edad media para sustituirlos con sus frios edificios, en los cuales comienza indudablemente á sentirse ya una irremediable decadencia; pero no le pidais á un hombre de tantas aptitudes y de tantos recursos estética superior á la estética de su tiempo. La Minerva griega recibió en sus manos los signos cristianos; las columnas consagradas á los héroes del Paganismo coronáronse á una con las estatuas de los apóstoles cristianos; aquellos obeliscos de los Tolomeos recibieron sobre sus jeroglíficas inscripciones la cruz del Salvador; pero no le pidais á un Papa que olvide los títulos mismos y los recuerdos y los timbres por los cuales ha obrado todas aquellas maravillas y hecho todos aquellos milagros. El agua Feliz le costó doscientos mil escudos, y la colocacion de los obeliscos quinientos mil; pues no se ponía tasa en los gastos necesarios á mostrar que Roma era, no solo religiosa y espiritualmente la capital del mundo, sino tambien la capital del arte por su aspecto exterior y por sus maravillosos monumentos.

En todo Sixto V se ve un papa cesáreo de dominacion y de combate. La crueldad es tan natural á sus entrañas como á las entrañas de un pagano. Ha hecho bien, personificándose con reflexiva madurez, en aquel austero libertador del pueblo israelita, que manda toda suerte de plagas y castigos sobre los suyos, cuando los suyos claudican. No hay piedad en él. Su cetro parece una espada. Cierta sobrino de Careli, canónigo que contribuyera mucho á la grandeza y á la gloria conseguidas por el pobre fraile mendicante, cierto sobrino, jóven y calavera, con la irreflexion propia de los pocos años, roba una muchacha; y lo ahorca, dándole á su tio, para consuelo y regalo, un obispado en Amantea. Cierta chusco pone gracioso epigrama en la estatua de los epigramas, en Pasquino, el cual se queja de tener la camisa sucia, porque su lavandera Camila, es decir, la hermana del Papa, se ha metido á princesa romana. Sixto dice haberle caido tan en gracia el chiste, que promete respetar la vida y entregar mil cequies á su autor. Y en efecto, el autor, atraido por tal cebo, se presenta; y se los entrega, sí, pero despues de haberle traspasado las manos con un hierro candente y de haberle con unas tijeras cortado la maliciosa lengua. Por sospecha de que Pepoli, descendiente de los antiguos emperadores germánicos, conserva relaciones de amistad con algunos bandidos, lo degüella, sintiendo que á él solamente le sea dado matar nobles, cuando Isabel de Inglaterra tiene el poder y la facilidad de matar reyes. Asesinan los fanáticos á Enrique III, y Sixto lo celebra. Invade Saboya el marquesado de Saluces, y Sixto la sostiene. Excita el general Farnesio la voracidad de sus soldados en los saqueos de las ciudades vencidas, y Sixto lo premia. Sus odios llegan hasta la temeridad, pues en disentimiento con Felipe II por las cuestiones de la liga en Francia, Sixto no duda en amenazar con estrangularlos á los embajadores de España.

Y ya que hablamos de esto, en sus relaciones con Felipe II se muestra una vez mas la incompatibilidad absoluta del poder temporal y el poder espiritual de los Pontífices. Felipe II, á pesar de su devocion, jamás fué feliz con los Papas, consagrados la mayor parte de los que pontificaron bajo su imperio y en su tiempo, á oponerle toda suerte de dificultades y de obstáculos. Ningun empeño tan grande y natural en el Rey de España, como el de impedir la temible ascension del Rey de Navarra, del Bearnés, al trono de



Francia. Aparte de la rivalidad histórica entre las dos dinastías, aparte del despojo de la Navarra española consumado por Fernando V y sostenido por el Emperador su padre, Felipe II, por motivos de piedad católica, no podía consentir que un hereje, como Enrique IV, llegase al trono de Francia, y dándose la mano con Inglaterra protestante y con Alemania, contrastase la prepotencia tanto de Austria como de España, y destruyese la indispensable autoridad del Pontificado, triunfando así la revolución religiosa de la reacción, que urdiera él con su inteligencia y apoyara él con su esfuerzo en todas las naciones de la encendida y agitada Europa. Mas Sixto V, á quien le convenia mucho como Papa esta política de Felipe, no le convenia nada como Rey. Si España, despues de haber llenado la tierra con su imperio, destruía la nacionalidad francesa y se apoderaba de ella, en litigio entonces, ya no habia contrapeso alguno posible á su poder omnímodo; é Italia, con los españoles en el Milanesado y con los españoles en ambas Sicilias, apenas podia respirar, tanto mas cuanto que atraídos todos los régulos italianos por aquella incontrastable pujanza, lo mismo en Ferrara que en Florencia, lo mismo en Parma que en Guastala, encontraríase la monarquía pontifical á merced por completo de protector tan pujante como incómodo, cuya ortodoxia solo serviría en último resultado para extender y acrecentar su fuerza. El caso es que, cual pensara el Papa en el postrer período y término de su vida, pensaron siempre los venecianos, decididos á proteger la exaltacion del luterano Enrique, para contrastar el incontrastable poder de la católica España. Cuando Sixto V supo tal resolución, tomada por la señoría, uno de los poderes mas gratos á su persona y mas queridos en sus afectos, no pudo contener la explosion de sus terribles iras. En discurso, que duró cerca de dos horas, cortado por los movimientos diversos del corazón de un padre, que riñe mal de su grado á los hijos, expúsoles á los embajadores venecianos cuán terrible desacato á su persona y autoridad encerraba tal política heterodoxa, pensada en momentos de extravío, cual si ya no existiese la Iglesia, y llena de peligros por el reto lanzado á dos tan poderosas potencias como el imperio austriaco y la nacion española. Las amenazas no faltaron despues de las súplicas; pero los de Venecia expusieron con el arte propio de su vieja diplomacia que si marraba el proyecto de Enrique IV y vencía la fuerza irresistible de

Felipe II, extenderíase España de un extremo á otro de la Europa continental y no habria Italia en el mundo y por consiguiente ni Estados Pontificios ni Repúblicas venecianas.

Tales reflexiones, que no hubieran debido mover la voluntad del Pontífice, movieron la voluntad del Rey. Sixto cayó en la cuenta de que su corona temporal perdia mucho con el brillo que pudiera obtener su corona espiritual de un triunfo español sobre Francia. La liga católica se habia formado y habia merecido todo el apoyo y todas las bendiciones del romano Pontífice; pero, dentro de tamaña liga tambien se habia formado un partido de conciliacion, que viendo la legitimidad en el heterodoxo Enrique, pugnaba por él con la esperanza de llevarlo al catolicismo y á la Iglesia. El primer acto de retroceso en Sixto se notó por una inclinacion á esta parte conciliadora de la liga francesa. Conocida esta inclinacion, los franceses diputaron un hábil embajador al Papa casi rendido. En vano advirtió Felipe II á Sixto V los daños que infería con sus vacilaciones á la Iglesia, y lo mucho que alentaba las esperanzas de todos los protestantes en toda Europa: Sixto, á quien le habian hecho creer que la enemistad implacable del Protestantismo europeo no provenia tanto de odio al dogma como de horror á España, creyó que desaviniéndose de los españoles y pisoteando su tutela secular, aveníase con los luteranos y los reincorporaba con seguridad al seno de la Iglesia. La perfidia de los ligeros transigentes llevóle un embajador de Inglaterra, y otro embajador de Sajonia, cargados los dos con promesas engañosas, las cuales avivaban por sus falsos celajes, en la mente ambiciosa y soñadora de Sixto V, ilusorias y mentidas esperanzas. El antiguo legado de Roma en Francia, que se inclinara de suyo á Enrique IV y recibiera en castigo la excomunion pontificia, fué, despues de tal cambio en la política romana, recibido como un ortodoxo y agasajado en el palacio, cuando debieran haberlo recludo en la inquisicion. Los ligeros intransigentes gritaron como energúmenos; los jesuitas españoles, mas papistas que el mismo Papa, profirieron contra él palabras amenazadoras; y Felipe II le mandó un embajador mas arrogante aun que aquel Duque de Alba enviado en los comienzos de su mando contra Paulo y su anti-española política. El embajador se arrojó á los piés del Papa, plegó las manos con devocion, hundió en el pavimento la